

LA PLAZA MAYOR DE ALMAGRO.-

A mi amigo Luis Maldonado, almagreño de pro.

Por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. (Antonio Machado)

Yo nací en un pueblo de casas blancas y tejados rojos¹, que, aunque descansa en la falda de un cerro, se extiende en la quietud de una llanura de viñas y olivares. Mis primeros recuerdos se relacionan con el descubrimiento de su geografía urbana: aun siendo parecidas a las demás, cada calle nueva tenía su magia, su encanto que la diferenciaba de las otras. Y yo miraba con asombro y escudriñaba lo que las hacía únicas y especiales.

La memoria me trae ahora recuerdos de mis primeros viajes, siempre a lugares próximos, pero en los que yo experimentaba sensaciones parecidas a las que imagino hoy que sacudían a los grandes descubridores del Renacimiento o del siglo XIX.

Uno de estos primeros trayectos, de paso hacia la capital de la provincia, me llevó a la Plaza Mayor de Almagro. No tenía entonces conciencia del fluir de las estaciones, pero recuerdo que hacía mucho frío y el tiempo estaba lluvioso. El acceso a la Plaza, por una de sus calles laterales, me produjo la impresión de entrar en un sueño maravilloso. Tampoco había aprendido aún a distinguir los colores², pero el contraste con los edificios de mi pueblo, incluso con los más señoriales, por lo general encalados o pintados de blanco, me llamó inmediatamente la atención.

El autobús giró, ya dentro de la Plaza, y se detuvo de repente. Una masa humana, que a mí me pareció enorme, se agitaba, nerviosa, bajo unos soportales sostenidos con columnas de piedra, envueltos, hombres, mujeres y niños, en sus gruesos abrigos, al tiempo que recogían bultos y maletas y se arremolinaban entorno a las entradas del vehículo. Al abrir las

¹ Moral de Calatrava (Ciudad Real).

² Siempre había creído que los ventanales de la plaza estaba pintados de color azul; pero, estando precisamente dando clase en el Clavero, el mismo instituto donde yo estudié, descubrí, con una prueba que me hizo un compañero de Biología, el curso 92-93, que era daltónico y comprobé, al fijarme bien en la plaza, que eran de color verde. Creo que es así.

puertas, percibí el frío y las voces del exterior y me arrebujé contra mi madre.

Me sentí desconcertado al oír hablar a los primeros viajeros que subían. Intentaba descifrar palabras y frases hasta aquel momento desconocidas para mí. Y su entonación, la musicalidad con que las pronunciaban me resultaba extraña.

Pero, después de colocar los bultos en el portaequipajes y de despojarse de sus abrigos y antes de acomodarse en sus asientos, vi cómo sonreían y saludaban, ya más distendidos, a otros viajeros que venían con nosotros desde el trayecto anterior, a algunos de los cuales los conocía yo.

Fue entonces, a medida que yo me relajaba y me iba separando de mi madre, la primera vez que pensé algo que se habría de ver ampliamente confirmado a lo largo de mi vida: "*Todos tan distintos, pero tan iguales*". O ¿fue al revés? Ya no lo recuerdo.

Miércoles, 19 de enero de 2000.